

EDGARDO DOBRY

UNA PROFECÍA DEL
PASADO

*Lugones y la invención
del "linaje de Hércules"*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 2010

Dobry, Edgardo

Una profecía del pasado : Lugones y la invención del
"linaje de Hércules" . - 1a ed. - Buenos Aires : Fondo de
Cultura Económica, 2010.

200 p. ; 21x14 cm. - (Tierra firme)

ISBN 978-950-557-851-1

1. Estudios Literarios. I. Título

CDD 801.95

Armado e ilustración de tapa: Juan Balaguer
Foto de solapa: Juana Ghersa

D.R. © 2010, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665; 1414 Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Av. Picacho Ajusto 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-950-557-851-1

Comentarios y sugerencias:
editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

<i>Agradecimientos</i>	9
<i>Introducción</i>	11
I. <i>Darío y Lugones: panamericanismo, nacionalismo, propiedad de la lengua</i>	
La cuestión de la lengua nacional a finales del siglo XIX.....	31
Darío y la exclusión de <i>Los raros</i>	37
Modernismo: afrancesamiento y afirmación americana.....	47
La amenaza de Calibán o la epopeya a destiempo.....	52
II. <i>Rodó y Lugones: de Ariel a El Payador</i>	
<i>Ariel</i> , la "literatura hispanoamericana" y "el fondo de la raza"	67
Lugones y su "antipódico"	73
Rodó con Renan: estética clásica y moral católica	84
Lugones con Nietzsche: romance de la sabiduría y el guerrero	89
El gaucho como superhombre	96
Filosofía europea, proyecto americano	106
Rodó, Lugones y el futuro	109

Martín Fierro: de héroe poético a prototipo nacional.....	116
La cuestión de la democracia.....	120
Una correspondencia: Spengler y <i>La decadencia de Occidente</i>	130
III. <i>La invención de una lengua nacional</i>	
La herencia romántica y la “doble literatura”	133
“Anquilosamiento” y “pureza”: de <i>El Payador</i> al <i>Diccionario etimológico del castellano usual</i>	148
Historia y mito: el linaje glorioso	162
IV. <i>Posteridad y profecía (del pasado)</i>	
La operación <i>Martín Fierro</i>	169
Posteridad del pacto: Borges ante Lugones.....	176
Posteridad del pacto: Mallea y Martínez Estrada	181
Elitismo y demagogia	185
Idioma y utopía: una tradición americana	187
<i>Índice de nombres</i>	191

Agradecimientos

EN LA RAÍZ DE ESTE LIBRO hay una conversación con Lluís Izquierdo, catedrático de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Barcelona. Izquierdo me había propuesto que realizara una investigación sobre la poesía de Leopoldo Lugones, a partir de una monografía que yo había escrito sobre *Lunario sentimental* para un curso de doctorado. Después de pensarlo un poco le dije que aceptaba su propuesta, pero que en lugar de trabajar sobre la poesía iba a tomar un aspecto de la obra ensayística de Lugones: el que, en torno a los años del Centenario de la Revolución de Mayo, se abocaba a la construcción de la identidad nacional en aspectos diversos y convergentes: literario, cultural, político, histórico, lingüístico y hasta étnico. Líneas que se recogen y tejen con singular resonancia en *El Payador*. Ese libro es, en este trabajo, menos un punto de partida que un centro de irradiación, un haz de interrogantes que abren espacios para reflexionar acerca de la forma en que fueron planteados en su momento y en que se leyeron desde entonces. Seguramente nada de eso hubiera existido sin aquel primer impulso.

No puedo dejar de mencionar a los interlocutores que, en distintas facetas y etapas del trabajo, supieron enriquecerlo con su estímulo intelectual y su exigente lectura: Nora Catelli, Jorge Belinsky, María Teresa Gramuglio, Marieta Gargatagli, Ana

Basualdo, Dunia Gras, Julieta Yelin, Rubén Chababo. César Solís, gran librero y amigo enorme, supo encontrar el cauce para que estos papeles salieran a la luz; Marcelo Díaz acogió el proyecto con inmediata generosidad y entusiasmo. Y, en fin, agradezco cálidamente a la gente del Fondo de Cultura Económica de Buenos Aires, por la manera sublime en que saben sumar calidez y seriedad.

Este libro está dedicado a la memoria de Selig Dobry.

Introducción

Las naciones mejor constituidas son las que hablan mejor; y es fácil observar en la historia que todo grave trastorno nacional viene inmediatamente antecedido por una deformación del idioma [...]. La inmigración cosmopolita tiende a deformarnos el idioma con aportes generalmente perniciosos, dada la condición inferior de aquélla. La leyenda de la torre de Babel es bien significativa al respecto: la dispersión de los hombres comenzó con la anarquía del lenguaje [...]. La entidad Patria, compuesta, como el hombre, de cuerpo y de espíritu, denomina estos dos elementos imprescindibles: territorio e idioma. Uno de los dos que falte, ocasiona su desaparición.

LEOPOLDO LUGONES, *Didáctica*.¹

En ninguna otra parte [como en Argentina] se dio con esa intensidad el clamor por una lengua nacional propia, a no ser en el Brasil y en Estados Unidos.

ÁNGEL ROSENBLAT, "Lengua literaria y lengua popular en América".²

¹ En *El Payador y antología de poesía y prosa*, selección, notas y cronología de Guillermo Ara, prólogo de Jorge Luis Borges, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, pp. 285 y 286.

² En *Nuestra lengua en ambos mundos*, Barcelona, Salvat, 1986, p. 124.

Quien escribe sus sentencias con sangre, ése no quiere ser leído, sino más bien aprendido de memoria. [...] Valerosos, despreocupados, irónicos y violentos –así nos quiere la sabiduría: es una mujer, ama siempre sólo al guerrero–.

FRIEDRICH NIETZSCHE, *Así habló Zaratustra*.³

DURANTE LOS AÑOS POSTERIORES a la Revolución de Mayo de 1810 y a la declaración de la Independencia, en 1816, en el Río de la Plata se siguió escribiendo de acuerdo con los cánones peninsulares. Romper la subordinación política a la Corona española era relativamente sencillo si las circunstancias ayudaban, y si se consolidaba en el campo de batalla lo que se había proclamado en los cabildos; la independencia cultural exigía un proceso más largo y complejo. Hacia 1840, Juan Bautista Alberdi retrató la situación al lamentarse de que los habitantes de las provincias del Río de la Plata fueran “independientes en política, colonos en literatura”.⁴ Eran partidarios de la misma idea Esteban Echeverría (“Nos parece absurdo ser españoles en literatura y americanos en política”)⁵ y Domingo F. Sarmiento (“Desprendidas [las antiguas colonias americanas] en política de España, su abuela común, por su emancipación, no lo están aún en artes, en literatura, en costumbres ni en ideas”).⁶

Consolidada la independencia, relativamente pacificada la flamante nación después de un largo período de anarquía y guerras civiles, en la década de 1830 empieza a definirse el

³ Edición con traducción de J. C. García Borrón, Buenos Aires, Hyspamérica, 1982, p. 79.

⁴ Juan Bautista Alberdi, *Obras completas*, vol. II, Buenos Aires, La Tribuna Nacional, 1886-1887, p. 156.

⁵ Esteban Echeverría, *Obras completas*, vol. IV, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1874, p. 97.

⁶ Domingo F. Sarmiento, *Obras completas*, vol. XII, Buenos Aires, Luz del Día, 1948-1956, p. 184.

ámbito de acción de los intelectuales de Buenos Aires: el de la cultura y la literatura argentinas. Sarmiento, Echeverría, Alberdi conformaron el primer grupo de escritores conscientes de su pertenencia a una nación independiente y soberana; el romanticismo europeo tenía un carácter marcadamente nacionalista, y ese ímpetu les llegaba justo a tiempo. El primer elemento de esa identidad intelectual argentina fue, acaso, negativo: la convicción de ser –de querer ser– *otra cosa* que español. Si el paisaje, los frutos de la tierra, la fauna, la composición social y la situación histórica eran distintos de los de España, ¿cómo la literatura escrita del Río de la Plata iba a expresarse en *la misma* lengua? ¿Cómo utilizar el mismo viejo instrumento para manifestar algo tan genuinamente nuevo, vital y diverso? España representaba para los primeros escritores argentinos todo lo que se quería dejar atrás: monárquicos en política, católicos ultramontanos en religión, escasos y anticuados en tradición filosófica y carentes de innovación en literatura. Sarmiento fue el más elocuente en la expresión de este sentimiento, compartido por sus compañeros de generación: “Tenemos que ir a mendigar a las puertas del extranjero las luces que nos niega nuestro propio idioma”. Y llega a definir el castellano como “una lengua muerta”.⁷

El idioma de los escritores peninsulares era visto como una manifestación más –una consecuencia que devenía causa, dando inicio a un círculo vicioso– de la parálisis espiritual en que España vivía desde el final de su esplendor barroco. El antiespañolismo fue una bandera fervorosa en manos de aquellos hombres a quienes les tocó la labor de meditar un proyecto de nación. Estaba claro que el escritor rioplatense debía nutrirse de otras literaturas, leer en otras lenguas, consustanciarse con otras culturas; pero, dado que no se podía cambiar por decreto

⁷ *Ibid*, vol. I, p. 222.

la lengua nacional, ¿en qué castellano se debía escribir? Dicho de otro modo: ¿cómo hacer para escribir en un castellano notoriamente distinto del peninsular, más plástico, más idóneo para las nuevas ideas y las particularidades geográficas, históricas, humanas del nuevo país?

Si, desde el momento mismo de la Conquista, la lengua hablada empezó a deformarse en una inflexión propiamente rioplatense, ¿por qué no tomar esa habla como modelo? Esta fue, a grandes rasgos, la posición defendida por Sarmiento durante la conocida polémica que sostuvo con Andrés Bello: “La soberanía del pueblo tiene todo su valor y su predominio en el idioma”,⁸ escribió en 1842. Pero el asunto se iría haciendo más complejo a medida que avanzaba el siglo. No se temían seriamente las contaminaciones que pudiera traer el contacto con las lenguas indígenas, muy poco significativas. En cambio, aparecería el temor al “cocoliche”, derivado de la masiva llegada de inmigrantes a partir de 1875.

De pronto, la lengua estaba en peligro: de contaminación con las hablas nativas (dialectos en su mayoría) de los inmigrantes y de vulgarización por el bajo nivel cultural de los recién llegados, con un alto porcentaje de analfabetismo.⁹ Los escritores argentinos, que no por casualidad componían la elite de pedagogos y políticos –Domingo F. Sarmiento, Bartolomé Mitre y Nicolás Avellaneda llegaron a ser presidentes de la

⁸ Domingo F. Sarmiento, *Obras completas, op. cit.*, vol. I, pp. 215 y 216.

⁹ “En el período que va de 1869 a 1895 el porcentaje de italianos sobre el total de inmigrantes entrados alcanzó casi a un 70%. A mucha distancia seguían los españoles con casi un 15%, y luego con porcentajes mucho menores franceses, alemanes, ingleses y suizos. [...] La tasa anual de crecimiento de la población en ese período fue del 4,9%, índice sólo alcanzado por los distritos más expansivos de Estados Unidos y Australia. [...] El número de analfabetos era del 78,2% en 1869 y del 54,4% en 1895” (Ezequiel Gallo y Roberto Cortés Conde, *Historia argentina*, vol. V: *La república conservadora*, Buenos Aires, Paidós, 1995).

Nación– se vieron abocados a una nueva encrucijada: habían declarado con fervor su independencia de las instituciones de España –en 1876 hubo un “clamor de asombro” por el rechazo de Juan María Gutiérrez del diploma de individuo correspondiente de la Real Academia peninsular–; pero, en la nueva situación, necesitaban una barrera para contener la temida “barbarización”; urgía una nueva forma de casticismo, una legislación aceptable. Hacia 1900 ya nadie se mostraba dispuesto a otorgar al pueblo la autoridad en materia de lengua. La literatura criollista o gauchesca era objeto de denuedo por la mayor parte de la jerarquía intelectual del momento. Incluso Leopoldo Lugones, en *El Payador*, erige *El gaucho Martín Fierro* en el texto fundador de la literatura argentina, apartando minuciosamente el poema del resto del género gauchesco, al que considera deleznable. Da al poema la categoría de una epopeya protagonizada por “un valiente oscuro, exaltado a la vida superior por su resistencia heroica contra la injusticia”.¹⁰ Y quita relevancia a la figura de José Hernández, menos un autor consciente de su proyecto que un médium del poema épico. Si en alguna ocasión le otorga la categoría de “gran poeta”, es precisamente porque “no sabe de recursos literarios ni de lenguaje preceptivo. Su originalidad proviene de la sinceridad con que siente y comunica la belleza”.¹¹ Valoración curiosa de quien, apenas unos años antes de pronunciar estas palabras, había escrito libros como *La guerra gaucha* o *Lunario sentimental*, prosa y verso que se caracterizan por cualquier cosa menos por su sencillez formal, su despojo retórico o su transparencia emocional.

A lo largo del siglo XIX, la lengua había aparecido como campo de batalla en el que se dirimían cuestiones políticas y

¹⁰ Leopoldo Lugones, *El Payador...*, *op. cit.*, p. 131.

¹¹ *Ibid.*, p. 161.

culturales. No es infrecuente encontrar en las posiciones de Alberdi, Sarmiento y Esteban Echeverría un discurso más cercano al fervor del mitin que a la argumentación razonada. En muchos pasajes, estos autores no se preocupan por demostrar la entidad de una lengua argentina: se limitan a afirmar que existe, y que la Academia española no puede arrogarse la jurisdicción sobre ella. Cuando, hacia finales del siglo, la necesidad de asegurar un nivel de pureza y casticismo se vuelve perentoria, se hace patente la falta de una autoridad que, en materia de lengua, pueda suplir la impugnada instancia académica. Una de las consecuencias de las dificultades del campo intelectual argentino para encontrar esa autoridad sustituta fue la progresiva fuerza de aquellos que, precisamente, proclamaban la necesidad de una sucursal porteña de la academia española. Después de años de intentos, se instituyó por fin en 1910 la Academia Argentina de la Lengua, justo en el año del Centenario de la Revolución de Mayo, momento de intensos debates y polémicas en torno a la identidad cultural, política, lingüística, incluso étnica, de Argentina.

En lo que respecta al debate en torno a la lengua nacional, ésta es la situación con que se encuentra Lugones cuando llega a Buenos Aires en 1896. Conoce a Rubén Darío –que vivía en Argentina desde 1893– y en 1897 inicia con *Las montañas del oro* el capítulo modernista de su obra, que cerrará de manera algo desconcertante con *Lunario sentimental* (1909), un libro que parece inspirado por la pretensión de liquidar el modernismo y anticipar la vanguardia. Pero en los años cercanos a la celebración del Centenario, Lugones abandona el esteticismo decadentista para comprometerse con la producción de una literatura de claro sesgo nacionalista, tanto en su poesía (*Odas seculares*, de 1910, cuya pieza más representativa, “Oda a los ganados y las mieses”, aparece en *La Nación* el 25 de mayo) como en sus ensayos *Didáctica*, *Piedras liminares* y *Prometeo*

(*un proscripto del sol*), todos de 1910.¹² Y en 1911 publica *Historia de Sarmiento*, donde manifiesta claramente su voluntad de hacer “literatura argentina”: “Representan [los *Recuerdos de provincia*] con *Facundo* la tentativa lograda de hacer literatura argentina, que es decir patria; puesto que la patria consiste ante todo en la formación de un espíritu nacional cuya exterioridad sensible es el idioma”.¹³

Aunque *El Payador* no se publica hasta 1916, las seis conferencias en que Lugones define el contenido del libro las comenzó a escribir en 1911, durante su estadía en París, y fueron dictadas entre el 8 y el 24 de mayo de 1913. Pronunciadas en el teatro Odeón de Buenos Aires, ante un público numeroso y entusiasta¹⁴ –entre el que se hallaba un prócer militar como Julio Argentino Roca y hasta el presidente de la república, Roque Sáenz Peña–,¹⁵ estas conferencias sellaban el pacto entre el escritor y la elite social y política de la república: Lugones proveía a la Nación el relato de una lengua propia, más castiza incluso que la española; una epopeya patria, *Martín Fierro*, y

¹² “Para el Centenario publicó Lugones tres libros –*Odas seculares*, *Piedras liminares* y *Prometeo*– como mejor manera de cumplir con la patria [...]. Su llamado a la cultura se puntualiza en varios temas, uno de ellos el de la educación popular (coincidiendo con Echeverría y Sarmiento) [...]. Si el idioma es la característica espiritual del hablante, ya que hablando se revela el hombre, es imprescindible corregir los defectos expresivos, derivados –según Lugones– de la incultura intelectual, la inmigración cosmopolita abundante” (Juan Carlos Ghiano, *Lugones escritor. Notas para un análisis estilístico*, Buenos Aires, Raigal, 1955, p. 46).

¹³ Leopoldo Lugones, *Historia de Sarmiento* [1911], Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1980, p. 173.

¹⁴ “Al decir Lugones las últimas palabras, la sala lo aclama, obligándole por dos veces a presentarse en el escenario [...]. Buena parte del público espera luego a Lugones en el vestíbulo del Odeón, y en la calle, donde estas manifestaciones se repiten, efusivas, conmovidas, cuando el escritor abandona la casa de sus triunfos” (“Una despedida triunfal”, en *La Nación*, 25 de mayo de 1913, en Leopoldo Lugones, *El Payador...*, op. cit., p. 203).

¹⁵ Aunque se trata de un aspecto controvertido; véase *infra*, p. 185.

el “linaje de Hércules”, que hacía de Argentina el territorio en que la alta tradición grecolatina reemprendía su andadura, al fin liberada del corsé judeocristiano. A cambio, Lugones, que nunca pudo disputarle a Darío el lugar de genio y líder del modernismo, ocuparía el papel de poeta nacional. No era un puesto secundario: si, de acuerdo con la cita con la que hemos encabezado esta introducción, la lengua es el espíritu de la patria, y si el poeta es, como Lugones se esfuerza en demostrar, la única instancia capaz de legislar sobre la lengua, entonces el poeta nacional tiene una autoridad superior a la de cualquier cargo político. Quedaba así resuelto el vacío en torno a quién tenía jurisdicción sobre el territorio de la lengua, abolido el poder de la Academia y frente a la amenaza de diseminación por la oleada de inmigrantes.

Detengámonos un momento en lo que Eric Hobsbawm llama “la invención de la tradición”.¹⁶ Aunque se refiere a la forma en que diversos países europeos *inventaron* tradiciones republicanas a lo largo del siglo XIX, su formulación puede ser operativa para la Argentina de principios del siglo XX. Según Hobsbawm, hay tres elementos esenciales en esa operación: la consagración de la escuela primaria como un equivalente laico de la Iglesia; la realización de ceremonias con pompa oficial y “la producción en serie de monumentos públicos”. Por los años del Centenario, Lugones cumple con los tres requisitos.

Publica *Didáctica*, dedicado a cuestiones de educación pública. En 1901 es nombrado visitador en el Ministerio de Instrucción Pública; en 1903 publica una conferencia titulada “La reforma educacional”; en 1904 participa del proyecto de fundación del Instituto Nacional del Profesorado, y en mayo de 1906

¹⁶ Eric Hobsbawm, “La fabricación en serie de tradiciones”, en Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *La invención de la tradición* [1983], Barcelona, Crítica, 2002.

realiza su primer viaje a Europa, con la misión de estudiar in situ los últimos sistemas pedagógicos. La educación era una parte estratégica de su proyecto. No sólo porque la fundación de la literatura argentina, con la publicación de *El Payador*, es implícita parte central de un programa pedagógico dirigido a las nuevas generaciones –lo cual nos permitirá contraponer el libro de Lugones a *Ariel*, de José Enrique Rodó y, sobre todo, verlo como una respuesta al *ariélismo*, muy activo al menos entre 1905 y 1915–,¹⁷ sino porque la escolarización y *argentinización* del hijo del inmigrante consolidaba la existencia del campo intelectual que la figura del poeta nacional engendraba y, en el mismo movimiento, exigía.

En cuanto a las ceremonias, la misma lectura de las conferencias de *El Payador* constituye un excelente ejemplo, donde las máximas autoridades civiles y militares comparten la platea con el público. En cuanto a los monumentos: “El pueblo le debe todavía aquella prenda de su gratitud. Martín Fierro necesita su bronce. Ésa será la carne heroica en la cual hemos de encerrar su espíritu para que así rehábite entre nosotros una materia, al fin, análoga”.¹⁸ No era la primera vez que promovía la construcción de monumentos.¹⁹ Con su característica malicia, Jorge Luis Borges se burla de Lugones precisamente por esa insistencia:

Se trata [*Piedras liminares*] de un obra desconcertante; menos resignado que otros ciudadanos de nuestro país a la agobia-

¹⁷ Véase Carlos Real de Azúa, “Prólogo a *Ariel*”, en José Enrique Rodó, *Ariel. Motivos de Proteo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976, p. xxiv-xxv.

¹⁸ Leopoldo Lugones, *El Payador...*, *op. cit.*, p. 186.

¹⁹ Juan Medrano Pizarro se refiere a “los proyectos arquitectónicos faraónicos dignos de Albert Speer que Lugones propone para la celebración del centenario”. Véase “Lugones y la guerra: épica y violencia”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, t. XLVI, núm. 2, México, 1998, p. 367.

dora fealdad de los monumentos públicos, Lugones pretende que éstos sean bellos y sugiere varios minuciosos proyectos. Entre otros encara la construcción de un templo dedicado al himno argentino, en el que cada capitel representaría “una escena alusiva en mármol o en bronce, según la situación de las columnas”.²⁰

Con igual sorna Borges recuerda el pasaje de *Historia de Sarmiento* en que se propone la pirámide monumental para la tumba del prócer. Pero el hecho de que Lugones haya cumplido con todos los aspectos para la “invención de la tradición” da indicios de lo que aquí llamaremos el pacto del autor de *El Payador* con la elite política y social del Centenario. Se trataba, como veremos, de ofrendarle a la próspera oligarquía porteña la *demonstración* de la existencia de una tradición nacional con la que presentarse ante el mundo, a cambio de arrogarse para sí el lugar de poeta nacional; lugar que, en el sistema lugoniano, ocupa el centro de la órbita.

Por eso *El Payador* es una pieza sobresaliente en el ambiente de fervor nacionalista asociado al Centenario, caracterizado por un interés intenso por todo lo relacionado con la definición de la cultura argentina. Desde el prólogo del libro se subraya ese carácter programático: “Así intento coronar [...] la obra particularmente argentina que doce años ha empecé con *El Imperio Jesuítico* y *La Guerra Gaucha*; siéndome particularmente grato que esto ocurra en conmemorativa simultaneidad con el centenario de la independencia”.²¹ Aunque en trabajos anteriores había abordado ya la cuestión de la lengua (sobre todo en *Didáctica*), es en *El Payador* donde asume la labor de

²⁰ Jorge Luis Borges, “El prosista Lugones y lo argentino”, en Leopoldo Lugones, *El Payador...*, op. cit., p. xxvii.

²¹ Leopoldo Lugones, *El Payador...*, op. cit., p. 15.

demostrar la existencia de un idioma argentino, con su historia, su poema épico fundacional, su simbolización de valores morales; un idioma independiente, e incluso superior, con respecto al castellano de España. Lugones resuelve así, a su manera, el complejo teorema planteado por Sarmiento, Echeverría y Alberdi: cómo escribir en castellano sin ser español. En el capítulo vi de *El Payador*, “El lenguaje del poema”, la demostración se plasma en una singular construcción histórica, combinación de retórica científicista y discurso apodíctico. América será la tierra en que la genuina tradición española, que la propia España había perdido a partir del siglo xvi por la perniciosa acción del “humanismo”, retomará su impulso. Para el Lugones de entonces, anticatólico y pagano –*El Payador* está atravesado por la fantasía o el proyecto de reemprender en el Río de la Plata el desarrollo del tronco cultural grecolatino, algo que, como se verá, acusa la influencia de Friedrich Nietzsche–, el humanismo latinizó la lengua hasta convertirla en “el castellano paralítico de la Academia, que corresponde a la España fanática y absolutista”.²² La herencia de Sarmiento se actualizaba y se lanzaba hacia el futuro.

En la argumentación de *El Payador*, los conquistadores habrían sido los últimos paladines, los últimos caballeros andantes, cuyo arrojo medieval se expresaba en una lengua vigorosa y fresca, anterior al acartonamiento obrado por los académicos latinistas y los poetas italianizantes:²³ “Y fácil es notarlo en la doble literatura que forman durante el siglo xvi los primeros historiadores de América y los literatos puramente

²² *Ibid.*, p. 117.

²³ Acerca de la manera en que Lugones articula su peculiar construcción histórica, Miguel Dalmaroni habla de una “ficción argumentativa” que “va mucho más lejos de lo que podían esperar sus contemporáneos”. Véase Miguel Dalmaroni, *Una república de las letras (Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado)*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2006, p. 87.

peninsulares”.²⁴ La “doble literatura”: he ahí el hito en que las dos tradiciones se separan, como un río que se bifurca; del brazo caudaloso y puro surgirá la lengua viva del Río de la Plata; del otro, enjalbegado y pobre, la fría corrección de la prosa académica, dominante en España. Faltaba una última operación, de importancia no menor: demostrar que la distinción de ese castellano argentino debía muy poco, casi nada, a las lenguas indígenas; puesto que en esto Lugones no fue menos que Sarmiento y sus contemporáneos: la india era una raza inferior y todo resto debía ser expurgado. Si los indios ya habían sido “extinguidos” y el problema que representaban, “solucionado definitivamente” (en palabras del general Julio Argentino Roca, impulsor y comandante de la Campaña del Desierto entre 1878 y 1879, a quien Lugones dedicó su última obra, que el suicidio dejó inconclusa,²⁵ y quien, por otra parte, había ocupado un palco durante las conferencias de *El Payador*), había que demostrar que ningún rastro de su existencia había quedado en la “raza” (el cuerpo de la patria) ni en la lengua (su espíritu). Había que mostrar la ascendencia enteramente europea de la cultura americana –y en Lugones, “americano” es sinónimo de “rioplatense” (en esto, Borges nunca dejó de ser su discípulo)–, y, asimismo, la de su lengua.

Los barbarismos del *Martín Fierro* –que todos los lingüistas, incluidas las mayores autoridades en la cuestión, imputan como indigenismos– no serían sino derivados del latín, algunos de los cuales habrían sido asimilados en las lenguas indias y llegado al castellano a través de éstas. No importa que las comparaciones provengan del *patois* de Nîmes o del ladino de Salónica, la cuestión es demostrar que ni *canoa* ni siquiera *cóndor* son palabras de ascendencia india. Con estas y otras

²⁴ Leopoldo Lugones, *El Payador...*, *op. cit.*, p. 112.

²⁵ Leopoldo Lugones, *Historia de Roca*, Buenos Aires, Coni, 1938.

mitificaciones de la historia y de la lingüística se abría una vía practicable en la larga discusión acerca del idioma nacional: se proclamaba que era, en efecto, distinto del castellano de España, pero precisamente por ser más genuino y más castizo que el de la Península. Además, los recién llegados no podían dañar la lengua, puesto que ya estaba del todo constituida cuando comenzó el desembarco masivo de inmigrantes en el puerto de Buenos Aires.

Mediante la construcción de un pasado que combinaba historia y mito, de una genealogía que tiene la persuasión del *genio* sobre la trama de un relato ficcional, Lugones se apropiaba del castellano en tanto poeta y erudito cuya autoridad abolía la jurisprudencia de la Academia. De hecho, en el inconcluso *Diccionario etimológico del castellano usual* (publicado póstumamente),²⁶ intentará ridiculizar las etimologías del diccionario de la Academia, sugiriendo que él sabía más que todos los venerables miembros de esa institución. Lugones quiso hacer con su personal ciencia etimológica lo que Virgilio, en la *Eneida*, con el mito: dar a la fundación de su patria el relato *verosímil* de una ascendencia gloriosa, limpia de todo añico espurio. Cuando escribió *El Payador*, el gaucho era una figura extinguida, y lo que Lugones cuaja como doctrina es que la lengua de aquel bravo mestizo –que sería la misma que se plasma en el poema, ya que “Hernández resulta a su vez un payador, y hasta el primero de los payadores”–²⁷ fue el castellano más puro de todos. De hecho, el último capítulo de *El Payador* intenta desarrollar el mismo argumento, ya no por la vía lingüística sino por la histórica y antropológica: en el Río de la Plata habría renacido la mag-

²⁶ Leopoldo Lugones, *Diccionario etimológico del castellano usual*, Buenos Aires, Academia Argentina de las Letras, 1944.

²⁷ Leopoldo Lugones, *El Payador...*, *op. cit.*, p. 149.

nífica cultura provenzal (que era, a su vez, el renacimiento del paganismo grecolatino) que dio a las civilizaciones románicas sus más altas glorias. La inspiración romántica de este entramado hace al pueblo –pero no a la “plebe”; la abstracción idealizada es más poderosa que la “ralea mayoritaria” que arma “escándalo en el zaguán”–,²⁸ el auténtico dueño de la lengua. La literatura del futuro debía buscar su raíz en las leyendas y tradiciones populares; el poeta debe –para decirlo en los famosos términos de Schiller– buscar lo “ingenuo” (acercándose a la naturaleza) para alejarse de lo “sentimental” (la pérdida de sensibilidad que conlleva el estar encerrado en la cultura). Pero, una vez más, la trampa consiste en poner una obra literaria moderna, *El gaucho Martín Fierro*, en el lugar de una epopeya tradicional, y en tratar la lengua de ese poema como la que verdaderamente habló el gaucho, quien “inconsciente de su mérito” y lleno de “instintivos aciertos” restauró “sin saberlo la estructura natural del idioma, por acción espontánea de la libertad”.²⁹

El sustrato romántico común hace que Lugones asiente la independencia lingüística y literaria argentina sobre el mismo argumento que Miguel de Unamuno utilizó para demostrar lo contrario: la unidad cultural de España e Hispanoamérica. Unamuno escribía hacia 1905: “Es un hecho verdaderamente curioso [...] que cuando un escritor americano quiere escribir como habla el pueblo de su tierra, se acerca al castizo hablar castellano”.³⁰ Lugones, por su parte, dice:

²⁸ Leopoldo Lugones, *El Payador... op. cit.*, p. 15.

²⁹ *Ibid.*, p. 115. La “inconsciencia del mérito” es, en Lugones, un elemento esencial de la superioridad.

³⁰ Miguel de Unamuno, “Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana. A propósito de un libro peruano”, en *Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana* [1947], 3ª ed., Madrid, Espasa Calpe, 1968, p. 91.

Al mismo tiempo que los gauchos restauraban sin saberlo la estructura natural del idioma [...] conservaban muchas expresiones de aquel castellano viejo, pero no indocto, en el cual el Arcipreste y Berceo, buenos latinistas por lo demás, aunque no humanistas, ciertamente, habían dado a la poesía española obras no sobrepasadas después; con lo cual la grande evolución de las lenguas romanas, reemprendía su ciclo interrumpido.³¹

Unamuno, Clarín, Ramiro de Maeztu van a defender la idea de que, abolida la unidad política del mundo hispano, la hermandad de los pueblos se mantendrá por la comunidad de la lengua. Lugones sostiene el mismo espíritu herderiano: lengua y nación se implican mutuamente; pero el castellano rioplatense, al ser ya distinto del peninsular, no puede sino reflejar la nacionalidad argentina. “La lengua es la sangre del espíritu social, y así como la sangre es como el ambiente interior del cuerpo, así la lengua es el ambiente interior del espíritu colectivo, el vehículo de su nutrición ideal”, escribe Unamuno.³² “La entidad Patria, compuesta, como el hombre, de cuerpo y espíritu, denomina estos dos elementos imprescindibles: territorio e idioma. Uno de los dos que falte, ocasiona su desaparición”, apunta a su vez Lugones en uno de los pasajes que hemos puesto como lema de esta introducción. La lengua es el espíritu –de la raza hispánica para uno, de la nacionalidad argentina para el otro–. Si la construcción de Lugones –el Río de la Plata

³¹ Leopoldo Lugones, *El Payador... op. cit.*, p. 115.

³² Miguel de Unamuno, “Algunas consideraciones...”, *op. cit.*, p. 89. Ésta es una idea muy arraigada en él, e incluso la puso en verso en su *Rosario de sonetos líricos*: “La sangre de mi espíritu es mi lengua/ y mi patria es allí donde resuene/ soberano su verbo, que no amengua/ su voz por mucho que ambos mundos llene” (en *Poesía completa*, vol. I, Madrid, Alianza Tres, 1987, p. 300).

como última etapa de una posta insigne que habría llevado la antorcha de lo más glorioso de la cultura occidental de Grecia a Roma, de Roma a la Provenza medieval, de allí a la Península Ibérica durante la Reconquista y, en fin, a la América española— tiene un entramado de literatura fantástica, Unamuno no es mucho más científico cuando rechaza toda forma de disgregación de la “familia” hispánica:

Y el temor, o la esperanza, de que con el tiempo lleguen a formarse en la América española lenguas distintas, brotadas del español como los romances del latín, es un temor o esperanza contradichos por lo que implica en la evolución lingüística la difusión de la imprenta, que hace del proceso de una lengua un proceso de movimiento uniformemente retardado.³³

Son vidas paralelas de una misma idea. A diferencia de Darío, que desde los primeros años del siglo comenzará un progresivo acercamiento a España, y encuentra en Clarín y en Unamuno a sus interlocutores, Lugones profundiza el antiespañolismo de sus maestros románticos: Echeverría, Sarmiento, Alberdi y Juan María Gutiérrez. Esa definición de una identidad cultural argentina a partir de la *apropiación* de un castellano que se quiere más puro que el de la Península; esa vuelta de tuerca por la cual el poeta argentino —que, como miembro destacado del modernismo hispanoamericano, había llevado a España “el verbo nuevo”—³⁴ se erige en poseedor de un linaje mítico y glorioso; ese implícito pacto entre el poder político, la elite social

³³ Miguel de Unamuno, “Algunas consideraciones...”, *op. cit.*, pp. 89 y 90.

³⁴ “Todos cuantos fuimos juventud cuando él [Darío] nos reveló la nueva idea mental, escribimos de otro modo que los de antes. Los que siguen, hacen y harán lo propio. América dejó ya de hablar como España, y en cambio ésta adopta el verbo nuevo”. Leopoldo Lugones, “Rubén Darío” [1919], en *Antología de la prosa*, Buenos Aires, Centurión, 1949, p. 328.

y el intelectual autodidacta por el que este último se convierte en sacerdote primado del espíritu nacional son los objetos de estudio del presente trabajo.

La forma en que se cierra ese pacto no puede dejar de lado el estudio del “sistema de líneas de fuerza” que actúan en un determinado campo intelectual.³⁵ En los años del Centenario argentino hay, para decirlo con Pierre Bourdieu, una fuerte “imbricación del campo literario y el campo político”.³⁶ Por otra parte, el campo intelectual define, por su mera existencia, cierta autonomía del espacio cultural, social y político de la Argentina de entonces, mientras que la “invención de una tradición” señala, a su vez, la necesidad de romper con vestigios de dependencia de tradiciones externas, percibidas como “ajenas”.

La adaptación flexible de algunos núcleos del pensamiento de Nietzsche debe ser estudiada, además, como parte de la propuesta lugoniana de un nuevo discurso a las juventudes americanas, en respuesta, como ya apuntamos, a *Ariel* (1900), donde Rodó muestra una visible influencia del pensador católico francés Ernest Renan —a quien Nietzsche, en *Más allá del bien y del mal*, había definido como su figura “antipódica”—. Lugones sólo menciona a Renan una vez en *El Payador*: precisamente para señalar el único punto de su pensamiento, el aristocratismo antidemócrata —que Renan radicalizó tras su rechazo de la Comuna de 1848—, que Rodó, para quien la de-

³⁵ “Irreductible a un simple agregado de agentes aislados, a un conjunto de adiciones de elementos simplemente yuxtapuestos, el campo intelectual, a la manera de un campo magnético, constituye un sistema de líneas de fuerza: esto es, los agentes o sistemas de agentes que forman parte de él pueden describirse como fuerzas que, al surgir, se oponen y se agregan, confirniéndole su estructura específica en un momento dado del tiempo” (Pierre Bourdieu, “Campo intelectual y proyecto creador”, en AAVV, *Problemas del estructuralismo* [1966], México, Siglo XXI, 1967, p. 135).

³⁶ Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario* [1992], Barcelona, Anagrama, 1995, p. 85.

mocracia era un pilar irrenunciable del proyecto americanista, impugnaba. “La historia, en coincidencia con casi todos los pensadores, desde Aristóteles hasta Renán [sic], demuestra que los mejores gobiernos suelen ser las oligarquías inteligentes”, señala Lugones.³⁷

El auge del *ariélismo* durante las dos primeras décadas del siglo xx en buena parte de América Latina permite sostener la hipótesis de que *El Payador* se propone como alternativa. Una mirada atenta a la contraposición de los mensajes de Rodó y Lugones deja traslucir la forma en que los intelectuales americanos convierten en programa cultural y político las ideas filosóficas leídas en sus maestros europeos. Publicado en plena Primera Guerra Mundial, *El Payador* es un poderoso documento de la forma en que las flamantes naciones del sur de América se veían como últimas y definitivas depositarias del legado de Occidente, que Europa ya no podía albergar. En este sentido, el ensayo de Lugones es histórico en una doble dirección: en su forma más evidente, pues construye para el Río de la Plata un pasado mítico, una genealogía que injerta la cultura, la lengua y hasta la raza argentina en el tronco fertilísimo de la alta tradición europea, que la propia Europa había perdido por obra del “dogma de obediencia” católico, en primer lugar, y por la perniciosa latinización de la cultura y la literatura españolas, más tarde. Pero *El Payador* es también histórico en el sentido de que, al desplegar esa aspiración, y al crear a su alrededor un campo intelectual que le diera verosimilitud, obra asimismo como la crónica de un momento peculiar –los años del Centenario– en que una nación que casi carece de pasado es capaz de creerse en posesión de ese “linaje de Hércules” con el que Lugones cierra sus conferencias de 1913 y su libro de 1916.

³⁷ Leopoldo Lugones, *El Payador...*, *op. cit.*, pp. 54 y 55.

Basándonos en la compleja tópica de los tiempos históricos concebida por Reinhart Koselleck, *El Payador* puede leerse como una “historia del tiempo presente”, pero también como la construcción de un “pasado presente”³⁸ para los años en que fue concebida, expuesta y finalmente refrendada como libro. Esta investigación tiene necesariamente, entonces, también una dirección doble: intenta averiguar la forma en que se construyó ese “pasado presente” –sobre la base de qué lecturas explícitas e implícitas, en función de cuáles discursos circulantes en aquel medio–, pero también en qué medida, un siglo más tarde de aquellos acontecimientos, la lectura lugoniana de *Martín Fierro* constituye para nosotros un “futuro pasado”. En este sentido, el festejo del Segundo Centenario no remitiría tanto a los acontecimientos de Mayo de 1810 como a los discursos y textos que circularon, se debatieron y se impusieron durante los agitados años del primer Centenario. No nos guía la ilusión de encontrar el origen perdido del cual seríamos ahora remota consecuencia sino, al contrario, la de rastrear algunas de las formas en que ese origen fue largamente reconstruido y ornado al calor de proyectos de futuro revertidos hacia el pasado. La lectura de *El Payador* de Lugones es, en estas páginas, el centro de esa curva todavía en movimiento.

³⁸ Véase Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, trad. de Daniel Innerarity, Barcelona, Paidós, 2000 (en particular, el capítulo “Continuidad y cambio en toda historia del tiempo presente. Observaciones histórico-conceptuales”, pp. 115-119).